

Una Luz en la Montaña



Kenshinkan dôjô 2016

Dedicado a Antonio García Piñar, excelente budoka y mejor Amigo.

Son miles de kilómetros, siglos de distanciamiento, posiciones divergentes en relación a la vida y el mundo, pero la Cultura puede resultar ser un denominador común para establecer vasos comunicantes y conversar con aquellos que un día, como nosotros hoy, sostuvieron el mismo e idéntico Amor por una forma de Arte.

Y es de esta forma que, atravesando el grueso espesor de la Historia, podemos cruzarnos con quienes nos precedieron en el estudio de las viejas tradiciones del Bujutsu, para conversar con ellos, relacionarnos y aprender juntos.

A mí, aún me quedaba un largo camino por transitar, y esto a pesar de haber tomado dos aviones, un tren de alta velocidad y dos más de cercanía.

Cualquier esfuerzo, desde luego, habría merecido la pena para alcanzar mi objetivo.

En efecto, guardaba razones suficientes para ello, la más importante: volver a estar, simplemente, dentro de aquel lugar increíble. Deseaba respirarlo en profundidad, rozar, con los pies, la vieja tarima de madera y, con las manos, asir las vetustas armas; recorrer con la mirada las paredes de barro y, con mi corazón, quinientos años de un trabajo ininterrumpido que hundía sus raíces en el espacio-tiempo del viejo Sengoku.

La tarde estaba cayendo cuando a través del cristal de mi último tren atisé la estación desvencijada. Llegaba, otra vez, solo, cargando una mochila que me cubría la espalda y otra más, en el pecho, donde guardaba mi cámara, un par de libros imprescindibles, cuadernos para anotar y un pequeño regalo.

Abordé al conductor del primer coche con el que me topé –una suerte en aquella aldea tan escasamente poblada- para subir a las montañas, bajarlas a continuación, ascender a otras de inmediato, circular por carreteras secundarias, tomar atajos imposibles, badenes impracticables, solitarios cruces de caminos. Todo ello mientras la luz se retiraba y ya todo se oscurecía.

El conductor resultó ser tan silencioso como yo deseaba que fuera. Sí, había decidido no aceptar nada, ni a nadie, capaz de entorpecer el movimiento libre de mis Emociones. No, no admitiría intromisiones entre ellas y mi presente inmediato. Yo deseaba vivir aquel nuevo *Encuentro* con toda mi Alma.

Subimos las últimas cuestas, giramos las últimas curvas, perdimos el rumbo por última vez para recuperarlo al instante. Súbitamente, apareció un distintivo que identificaba

la proximidad de la granja a la que nos dirigíamos, y hacia ella enfilamos, sin dilación, con total determinación y diligencia.

Bajamos el último camino y detuvimos el coche junto a otros dos automóviles. Después, tomé mis dos mochilas, ajusté cuentas y me dispuse a subir hacia la vivienda centenaria, donde asomaba ya la estampa que llevaba guardada en el arcano de mi memoria: una imagen que ahora rescataba de ese magma profundo en el que todo lo vivido intensamente mora y se perpetúa.

Una pequeña luminaria rompía la negrura de la noche cerrada. Sí. Aquel pequeño punto de luz iluminaba el motivo único de mi Sueño: por fin, había llegado al dôjô que amaba. No era un dôjô cualquiera, aquel era ese lugar al que yo consideraba: *“Mi lugar en el Budô”*.

Junté mis dos manos y saludé al santuario, algunos salieron a festejar mi llegada, abrazos y risas se compartieron y, también, las primeras palabras, las miradas que todo lo observan y ven.

La puerta, abierta, trajo consigo el olor de la madera encerada, y el aire cargado del interior me acercó crujidos de armas, gritos indomables, palabras que pretenden tocar lo infinito, gestos de rituales una y otra vez manipulados, esfuerzos y voluntades, sacrificios y superaciones que enaltecen al hombre y lo elevan hacia cimas más altas de conocimiento y sabiduría.

En la esquina, leyendo sus manuales, escudriñando entre las técnicas, buscando razones para interpretar cada recodo de su estructura, estaba el Sensei. Hacia él me dirigí, para mirarle a los ojos y agradecerle, una vez más, la sola posibilidad de vivir aquel *“Sólo Estar”*.

La Felicidad de sentirme en el epicentro de mi *Sueño* era suficiente para mí.

Nunca fue una Experiencia lúdica o amarga, jubilosa o tediosa, práctica o caduca.

Yo amaba el viejo Bujutsu.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2016